2007 - 1

147

Un "angel", un "santo" y la peores
Encuentran de la historia

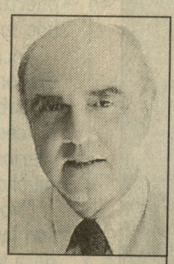
Nuestra especie de ángeles no tenía
jamás de en su especie. — Ahora resulta
que "un" "angel" y un "santo" tuvieron
una ~~reunión~~ decisiva en los tiempos
posteriores al 11 de Septiembre de 1973. [~~El~~ El,
"angel", Pinochet, no deja perder punto un
nada. Es a él a quien debemos
humildemente que nos perdone. El Santo, J. Goyen,
quiere desde el cielo los odios de hoy gobierno
Sabiamente ~~entonces~~ sabe ~~otros~~ los amigos, los
y su pueblo. —

Democracia y alternancia

Mercurio - (2 Enero - 04)

Como nadie nace con una marca en la frente que lo señale como el llamado a mandar sobre sus semejantes, la democracia otorga el poder de gobernar a quien una mayoría haya elegido.

Estamos acostumbrados a ver en la democracia un procedimiento para instalar gobernantes. Karl Popper, sin embargo, vio en la democracia un método para reemplazar gobernantes ineptos sin derramamiento de sangre. Escéptica y todo, la definición popperiana tiene dos virtudes: destaca la manera pacífica en que la democracia sustituye a un gobernante por otro, y pone de relieve que el método democrático no unge a nadie como gobernante por toda la vida, y ni siquiera por largos períodos, lo cual tiene que ver con la posibilidad de que distintas personas y fuerzas políticas se alternen en el ejercicio del poder.



Por
Agustín
Squella

La democracia produce hoy más de un bostezo en ciudadanos poco dispuestos a participar en la vida política de su país, pero lo cierto es que se trata de la más osada de las formas de gobierno, simplemente porque ella se muestra dispuesta a entregar el poder a cualquiera —léase bien, a cualquiera—, bajo la sola condición de que haya obtenido la mayoría y de que respete los derechos de la minoría, en especial el derecho de ésta a transformarse en mayoría y ganar para sí el poder. Como nadie nace con una marca en la frente que lo señale como el llamado a mandar sobre sus semejantes, la democracia otorga el poder de gobernar a quien una mayoría haya elegido con ese fin, en elecciones en las que participa toda la población adulta y el voto de cada cual cuenta por uno.

Por tanto, la democracia posibilita la alternancia y da esperanza a todas las fuerzas políticas de conseguir algún día el poder. Pero una cosa es que la democracia haga posible la alternancia, y otra que ésta haya de producirse en forma automática, pasado un cierto tiempo en que un partido o coalición de partidos han permanecido en el gobierno. La alternancia no opera con la lógica "Ahora te toca a ti y mañana a mí" y, ni siquiera, con la de "A ti te ha tocado varias veces y ya es hora de que me toque a mí", puesto que la permanencia o sustitución de una fuerza política en el poder es algo que corresponde decidir a los ciudadanos.

En consecuencia, la Alianza por Chile tendría que dar mejores razones para conquistar la Presidencia que la sola invocación de la alternancia en el poder. Es cierto que dicha alternancia no sólo es posible, sino también beneficiosa, pero a condición de que lo entienda así la mayoría de los electores. Esta mayoría podría elegir una y otra vez a la Concertación, sin que por ello se vulnerara ningún principio democrático. Entonces, la elección presidencial de 2005 no se decidirá entre alternancia o no alternancia, sino entre mejores o peores razones, así como entre mejores o peores candidatos, que ambas coaliciones sean capaces de ofrecer a los electores.

Imposible no acotar, además, que los encendidos discursos de la Alianza a favor de la alternancia guardan poca coherencia con el voto que sus partidarios dieron en 1988 para prolongar por ocho años más el gobierno de un general que había tenido el poder durante nada menos que 15 años, y no precisamente como resultado de una elección popular.

Y ya que hablamos de democracia, es preciso reconocer la justificada perplejidad y desazón de muchos ante el hecho de que un nuevo año quedó atrás sin que fueran aprobadas las reformas necesarias para que el país tenga una democracia en forma, y no la poco presentable democracia protegida que consagró la Constitución de 1980. De esta manera, a la hora de hablar de la próxima elección presidencial, es exigible que los precandidatos de uno y otro sector digan claramente si aspiran a gobernar con esa democracia protegida o con otra que esté a la altura de los criterios de una democracia moderna.

Con un ruego adicional: que ninguno de ellos se parapete tras la majadera e insustancial vaguedad de "los problemas de la gente" para eludir pronunciarse sobre el tipo de democracia que quiere para el país. Porque lo que vamos a elegir en 2005 —sin ofender a nadie— es un Jefe de Estado, no un guía espiritual ni, menos aún, un asistente social.

asquella@mercurio.cl